

SERMÓN DE LAS SIETE PALABRAS
HERMANDAD DE LA PASIÓN
(Catedral de Pamplona, 3 de abril de 2026)

SÉPTIMA PALABRA

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46)

Hemos llegado al final. Después de todo lo vivido, después del dolor, del silencio, del abandono, de la entrega... Jesús pronuncia su última palabra. Y no es un grito de derrota. No es una palabra de desesperación. No es un silencio vacío. Es una oración. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

La primera palabra en la cruz comenzaba igual: «Padre». Y la última... también. Jesús muere como ha vivido: en relación con el Padre. Porque la cruz no es solo sufrimiento. La cruz es, sobre todo, confianza en Dios llevada hasta el extremo.

Jesús no se aferra a la vida. No se rebela. No se cierra. Sino que se entrega. Y lo hace con una imagen profundamente significativa: las manos. Las manos son lugar de cuidado. De protección. De seguridad.

Un niño se abandona en las manos de su padre o de su madre sin miedo. Confía. Se deja llevar.

Así muere Jesús. No como quien pierde... sino como quien se abandona.

Después de haber experimentado el dolor, el abandono, la oscuridad... Jesús vuelve a decir «Padre». Esto significa que la última palabra no la tiene el sufrimiento. La última palabra la tiene la confianza.

Y esto es clave para nuestra vida. Porque todos, de una manera u otra, estamos llamados a vivir este momento. No solo al final de la vida. También en cada situación que no controlamos. En cada momento en que tenemos que soltar. En cada experiencia de límite. La vida, muchas veces, nos pone en esa situación: cuando no entendemos, cuando no podemos cambiar las cosas, cuando tenemos que dejar ir. Y ahí aparece la gran pregunta: ¿en quién confío?

Jesús responde con su vida. Confía en el Padre. No porque todo haya sido fácil. No porque todo haya sido claro. Sino porque sabe quién es el Padre. Sabe que sus manos son seguras. Sabe que su amor no falla. Sabe que, incluso en la muerte, hay vida. Por eso puede entregarse. Y esto cambia completamente el sentido de la muerte. La muerte ya no es un salto al vacío sino un abandono confiado. La muerte ya no es el final sin sentido sino el paso hacia el Padre.

Por eso, para un cristiano, esta palabra, más que una frase bonita, es un camino. Un camino que estamos llamados a aprender cada día. Porque confiar no es fácil. Nos gusta controlar. Nos gusta asegurar. Nos gusta tener todo previsto. Pero la vida

no siempre responde a nuestros planes. Y entonces aparece la inquietud, el miedo, la resistencia.

La cruz nos propone otra actitud. La del abandono confiado. No un abandono pasivo... sino un abandono activo, consciente, libre. Poner la vida en manos de Dios. Con lo bueno y con lo difícil. Con lo que entendemos y con lo que no. Con lo que nos gusta y con lo que nos cuesta. Y esto se aprende poco a poco. En lo cotidiano. En pequeñas entregas. En pequeños actos de confianza. Porque no se trata solo del momento final. Se trata de vivir así cada día.

Quizá hoy esta palabra nos invita a algo muy sencillo y muy profundo: a revisar en qué manos estamos poniendo nuestra vida: ¿En las nuestras? ¿En las de otros? ¿En cosas que pasan?

O en las manos de Dios. Porque solo las manos de Dios no fallan. Porque solo las manos de Dios sostienen de verdad. Porque solo las manos de Dios acogen todo lo que somos.

Hoy, al pie de la cruz, podemos hacer nuestra esta oración:

Señor Jesús, que te has abandonado con confianza en el Padre,
enséñanos a poner nuestra vida en sus manos.

En la vida y en la muerte, haznos vivir confiados en su amor,
sabiendo que nunca nos abandona.

Amén.

José Antonio GOÑI BEÁSOAIN DE PAULORENA